

El uso del diminutivo en el lenguaje técnico latino*

M.^a DEL ROSARIO LÓPEZ GREGORIS
Universidad Autónoma de Madrid

Resumen: Los derivados diminutivos se han visto tradicionalmente ligados al lenguaje connotativo, como marca de expresividad, y a un estadio de lengua vulgar en algunas ocasiones, posclásica en otras. En este trabajo se analizan los derivados en diminutivo que aparecen de forma regular y recurrente en los autores técnicos, desde Catón hasta Marcelo Empírico, desde un punto de vista lingüístico, explicando su uso técnico como un recurso de creación léxica propio del lenguaje denotativo. En apoyo de esta propuesta vienen las llamadas formas ampliadas (*formicula* frente a *formica*), derivados sin cambio de significado que, sin embargo, otorgan al escrito apariencia técnica.

Palabras clave: *Derivados diminutivos; lenguaje técnico y terminológico; categorización de la realidad.*

Summary: Diminutive derivatives have traditionally been linked to connotative language. This association has been seen as a mark of expressiveness, in some cases as a common stratum of language, and in others as postclassical. In this paper, diminutive derivatives that appear in technical authors (from Cato to Marcellus Empiricus) are analysed from a linguistic point of view, and its technical usage is explained as a resource of lexical creation, characteristic of denotative language. The so-called «extended forms» (*formicula* vs. *formica*) support this theory. Although these are derivatives without changes in meaning, they provided the written text with a technical appearance.

Key words: *Diminutive derivatives; technical and terminological language; categorization of reality.*

1. INTRODUCCIÓN

Este trabajo pretende ofrecer una explicación del uso del diminutivo en subgéneros literarios poco proclives, en un principio, a la presencia de recursos ex-

* Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación «La comedia romana. Estudio y tradición», subvencionado por la Dirección General de Investigación (ref. HUM2004-04878).

presivos de estas características. Me refiero a la utilización de los sufijos llamados diminutivos para la ingente derivación nominal y adjetival de términos empleados en el lenguaje técnico-científico y, en consecuencia, documentados profusamente en los llamados autores técnicos¹.

Estos diminutivos son productivos a lo largo de toda la latinidad y están presentes en las obras de Catón (*De agri cultura*) s. II a.C., Varrón (*Res rusticae*) s. I a.C.², Vitruvio (*De architectura*) s. I a.C., Columela (*De re rustica - De arboribus*) s. I d.C., Escribonio Largo (*Compositiones*) s. I d.C., Celso (*De medicina*) s. I d.C., Apicio (*De re coquinaria*) s. I d.C., Plinio (*Naturalis historia*) s. I d.C., Paladio (*De re rustica*) s. IV d.C., Vegecio (*Mulomedicina*) s. IV-V d.C. o Marcelo Empírico (*De medicamentis*) del s. V d.C., entre otras.

Este dato resulta más sorprendente aún por la falta de asociación entre los textos que ofrecen los ejemplos y el tipo de lenguaje al que parecen pertenecer esos ejemplos. Los especialistas que se han acercado de un modo u otro al estudio de los diminutivos ofrecen un análisis de conjunto para los numerosos valores atribuidos al diminutivo, pero obvian, hasta donde yo he visto, el evidente carácter técnico de ejemplos tomados de Vitruvio o Columela para ejemplificar. Con todo, este fenómeno fue ya descrito por F.T. Cooper (1975 [1895], 167), en su libro *Roman Sermo plebeius*, aunque, obviamente, este dato no contribuía a la tesis general ofrecida por el autor con respecto al diminutivo: el constante debilitamiento de su valor, el continuo desgaste de los sufijos y su posterior reforzamiento con la adición de otros sufijos. También R. Hakamies (1951) en su trabajo monográfico dedicado al tema recoge cientos de diminutivos procedentes del mundo agrícola, médico y arquitectónico, sigue su evolución hasta las lenguas romances, pero no contempla la posibilidad de que se trate de un uso técnico. Un estudio profundo, en este caso semántico, es el que dedica M. Fruyt (1989) a los diminutivos latinos; sin centrarse de manera particular en los autores técnicos, lo que, por otro lado, no era su objetivo, la autora distingue con toda propiedad valores connotativos y denotativos, ilustrados estos últimos con textos de Catón y Columela. Introduce en su análisis un criterio digno de mención por resultar totalmente pertinente a la hora de evaluar el tipo de derivados que crean los autores agrícolas, su adscripción al discurso o a la lengua, según clasificación tomada de Pottier (Fruyt 1989, 130): los primeros se forman con la adición voluntaria del sufijo (*ensiculus* sobre *ensis*); los segundos están lexicalizados y han cambiado su significado con respecto a la base: *castellum*

¹ Y no solo en los autores agrícolas, como apuntaron J. Cousin (1943, 42) y A. Ernout (1965, 138-139), resaltando ambos la frecuencia de los derivados diminutivos en estos autores. También J. Marouzeau en su artículo ya clásico sobre la lengua de los campesinos (1925, 251-264) aludía a esta abundancia. De hecho, la relación entre lenguaje técnico y derivados diminutivos había sido observada ya a principios del siglo pasado, entre otros, por E. Löfstedt (1911, 310-312) y J. Marouzeau (1931, 32); ambos señalaron la necesidad de estudiar con más detenimiento este fenómeno que, en general, ha sido arrinconado en favor de otros fenómenos lingüísticos también asociados al llamado latín vulgar.

² 68 ejemplos en Catón y 99 en Varrón, cf. J. Hanssen (1951, 103-107), dato especialmente significativo por tratarse de los testimonios más antiguos.

respecto a *castra*, *gladiolus* sobre *gladius*, *offula* sobre *offa*. Otro destacable trabajo dedicado a la forma y al significado de los diminutivos latinos es el de F. Gaide (1992), que opera con numerosos ejemplos de autores técnicos tanto para los valores que la autora define como «estrechamente asociados al valor diminutivo», como para los «relacionales». En ambos casos, se parte del presupuesto de que la metáfora y la metonimia están en la base de la derivación de los diminutivos³.

En ninguno de los trabajos citados se menciona o tan siquiera se sugiere el hecho de que el diminutivo sea un medio de creación propio de la lengua latina para el lenguaje técnico. Por ello es importante el análisis que J. S. Hanssen (1951) dedica en el capítulo segundo de su libro a los diminutivos de Catón y Varrón; este estudioso expresa al comienzo del capítulo su sorpresa por el carácter técnico de la mayor parte de estas palabras (*o.c.*, 107) y ofrece una explicación de enfoque animista, sobre la que volveremos. Interesante resulta asimismo la aproximación a la terminología médica latina que D. Langslow (1991) realizó, partiendo de los datos de Celso; aunque se trata de apuntes para futuros trabajos, recoge al menos la derivación en diminutivo como un procedimiento de formación de palabras, asociado, eso sí, al léxico médico latino, y pone en entredicho la idea de que la terminología médica latina sea un fiel calco de la griega, al menos en todos los casos (*o.c.* 191-193).

El objetivo del presente trabajo es, pues, el análisis de los datos del diminutivo en los autores técnicos y la propuesta de una tipificación de las categorías descritas.

2. LOS DATOS. ALGUNAS CONSIDERACIONES TEÓRICAS

He aquí algunos ejemplos que ilustran la cuestión: *acus - aculeus*, «aguja» - «aguijón»; *armus - armilla*: «brazo» - «brazalete», «argolla» (Vitr. 10, 2, 11); *bucca - buccula*: «boca» - «parte del casco, babera» (Liv. 44, 43, 8; Serv. *Aen.* 11, 9); *caput - capitulum*: «cabeza» - «capitel» (Vitr. 3, 5, 7); *globus - globulus - globellus*: «bola» - «píldora» (Scrib. Larg. 13, 5) - «ovillo»; *hordeum - hordeolus*: «cebada» - «orzuelo» (Marcell. 8, 192; Theod. Prisc. *Eup. Faen.* 40); *mitra - mitella*: «mitra» - «vendaje» (Cels. 8, 10, 3); *modus - modulus*: «medida» - «tubería de acueducto» (Frontin. *Aq.* 36, 3); *mus - musculus*: «ratón» - «músculo» (Cels. 5, 26, 22) y «galería cubierta para proteger a los asaltantes» (Caes. *Civ.* 2, 10, 5); *panis - pastillus*: «pan» - «pastilla» (Plin. 22, 29; Cels. 5, 20); *patera - patella*: «copa» - «rótula» en Celso (8, 1, 25) y «enfermedad de los olivos» en Plinio (17, 223); *pes - pediculus*: «pie» - «pedúnculo» de las higueras (Cato *Agr.* 8,1); *pedis - peduculus*: «piojo» - «piojo o parásito de una planta» (Plin. 32, 77); *plaustrum - plaustellum*: «carro» - «trillo» (Varro *Rust.* 1, 51,

³ Un estado de la cuestión sobre el diminutivo, basado en las últimas aportaciones francesas, puede verse en Ch. Kircher-Durand (2002, 111-123).

1); *porcus* - *porculus*: «puerco» - «pieza de la prensa de la uva» (Cato Agr. 19, 2); *sanguis* - *sanguiculus*: «sangre» - «morcilla» (Plin. 28, 209); *scalprum* - *scalpellum*: «sierra» - «escalpelo» (Cels. 2, 10, 15); *sus* - *sucula*: «cerdo» - «molinete» (Cato Agr. 19, 2); *surus* - *surculus*: «estaca» - «brote o retoño» en Catón (Agr. 40, 2, 3), «astilla» en Celso (5, 26, 35).

El mismo fenómeno encontramos en las lenguas romances, como, por ejemplo, en español: *aceruelo*, *aguilucho*, *albariño*, *aurícula*, *avanzadilla*, *azadilla*, *barrilla*, *barrujo*, *botillo*, *caléndula*, *cánula*, *cañadilla*, *capitel*, *capítulo*, *cápsula*, *carátula*, *carbúnculo*, *cardenillo*, *carrete*, *célula*, *chuleta*, *clavícula*, *cochinilla*, *cojinete*, *corete*, *correhuela*, *cutícula*, *escobajo*, *espátula*, *fístula*, *galleta*, *garceta*, *glóbulo*, *gránulo*, *hinojo*, *horquilla*, *inglete*, *ladrillo*, *lengüeta*, *lóbulo*, *madeja*, *majuelo*, *mangueta*, *manguito*, *manzanilla*, *martillo*, *médula*, *músculo*, *nódulo*, *somormujo*, *octavilla*, *orzuelo*, *ovillejo*, *ovillo*, *óvulo*, *palamilla*, *panoja*, *pistilo*, *postilla*, *pústula*, *raspajo* (*rampujo*), *raspilla*, *rastrojo*, *redondilla*, *renacuajo*, *retícula*, *rótula*, *sanguijuela*, *soplete*, *tempranillo*, *tornillo*, *torniquete*, *válvula*, *ventrículo*, *verdecillo*, *verdete*, *versículo*⁴, y otros muchos. En este listado se puede observar que todos los términos comparten dos características, una morfológica y otra semántica: se trata de términos derivados en diminutivo que tienen o han tenido un uso técnico (R. Trujillo 1974, 203), a pesar de su diversa procedencia: hay cultismos, términos heredados directamente de la terminología médica latina, y palabras patrimoniales. Pero no voy a hablar de esas características en español, sino en latín, puesto que los datos indican que esta tendencia a la derivación técnica de los sufijos llamados diminutivos procede del latín o, al menos, se constata también en esa lengua.

El listado de términos latinos es solo una muestra de la ingente cantidad de derivados diminutivos que caracteriza la lengua de los tratadistas⁵. Esta constatación nos lleva a plantearnos una pregunta importante para su posterior consideración, a saber, si esta característica —de la lengua del campo en un principio⁶, puesto que la agricultura fue la primera técnica practicada por los antiguos romanos, y después de la lengua de la medicina, de la arquitectura o del arte culinario —es un rasgo de latín vulgar o se trata de una característica formal del latín técnico documentada ya con anterioridad. Porque de todos es sabido que el uso y sobre todo el abuso del diminutivo, que se extiende hasta los verbos (P. Flobert, 1998, 869-876) y adverbios, ha sido considerado en los

⁴ Para el origen y evolución de los sufijos españoles de los derivados diminutivos, cf. D. Pharies 2002.

⁵ Valgan de ejemplo los nuevos términos médicos derivados de los sufijos *-lo*, *-culo*, que J. André (1991, 238-239) ofrece, de entre los que distingue varias categorías según su valor: diminutivos: *capitulum*, *caruncula*, *gingivula*, *iecusculum*, *manicula*, *membranula*, *ossiculum*, *osculum*, *venula*; hipocóristicos: *corculum*, *labellum*, *ocellus*, *petiolus*; un uso diferenciador entre animales y hombres: *cerebellum/cerebrum*, *ungula/unguis*, y nuevos términos sin cambio de significado: *auris/auricula*. Esta distinción se invalida con la propuesta defendida en este trabajo.

⁶ Estamos pensando, evidentemente, en Catón y Varrón; pero ambos también dedicaron libros a la medicina, los síntomas de las enfermedades y los remedios; véase S. Boscherini (1993, 729-755).

manuales de historia de la lengua latina un rasgo de lenguaje popular, en el sentido de afectivo, y vulgar, en el sentido de recharacterización (F. T. Cooper 1975, 165 y ss.).

Parece, en primera instancia, paradójico que el uso del diminutivo caracterice las obras de Plauto, Petronio y Apuleyo, por poner algunos ejemplos, como latín popular o familiar (donde predominan la afectividad y la expresividad), y que igualmente se considere propio de la lengua popular el uso del diminutivo en obras en las que se supone una intención de claridad, objetividad e información, reñidas con la subjetividad de la lengua popular. A primera vista no parece que el uso del diminutivo de Plauto o de Petronio sea comparable al de Varrón o Columela y, sin embargo, la explicación que se ofrece a ambos usos es la misma: el desgaste significativo de los antiguos sufijos diminutivos en la lengua coloquial provoca su recharacterización y ampliación como recurso para lograr una mayor expresividad: *-ulus, -ellus, -ellulus: cista, cistula, cistella, cistellula*, sin que aparentemente se observe cambio de significado entre la base y los derivados en diminutivo. En consecuencia, según F. Gaide (1992, 23), Marcelo Empírico, autor de una obra médica en el siglo V d.C., se ha limitado a sustituir *cerebrum* o *formica* por los derivados sinónimos *cerebellum* o *formicula*, añadiendo una información connotativa, ligada a los fenómenos propios de la comunicación y la familiaridad que une al hablante con su entorno.

No es ese un parecer común, pues en S. Boscherini (1991, 191), experto en el lenguaje varroniano y en los textos médicos, podemos leer que un término como *testiculi* acentúa su carácter técnico con la adición del sufijo⁷. Esto quiere decir que existe otra posibilidad de explicación al uso del diminutivo asociado al lenguaje técnico, a saber, que los sufijos de este tipo hayan sido sentidos siempre como medio de creación léxica⁸. Esta interpretación permitiría analizar, como veremos después, las formas ampliadas del tipo *formicula* bajo el prisma de la denotación.

Y sobre la consideración de las lenguas especiales, hay que aclarar que la creación de una lengua técnica no guarda relación alguna con el nivel cultural del hablante, tal y como lo demuestran los datos en latín y en cualquier lengua moderna: la adquisición de una lengua técnica va de la mano del aprendizaje de la técnica en cuestión, con independencia del nivel cultural de sus hablantes. Esta constatación desmiente la idea ya antigua de que el lenguaje técnico es inseparable de la lengua vulgar⁹, aunque las técnicas hayan estado desde siempre en

⁷ «Sono i *testimoni* dell'azione del pene. Il giuoco parodico è o nuovo o rinnovato. Anche in questo caso il *diminutivo*, come abbiamo sopra osservato, accentua la tecnicità del termine». Un mismo procedimiento de especialización técnica es comentado un poco antes (*o.c.*, 188) para la membrana del ojo: *tunicula*.

⁸ En apoyo de esta hipótesis viene la observación de I. Mazzini (1991, 182) al comentar las herramientas lingüísticas usadas por Celso para la diferenciación del lenguaje médico: «I *suffissi prediletti* in Celso per la creazione di forme nuove sembrano essere i seguenti: *-culus/ulus, a, um; -osus, a, um*» y añade los ejemplos que siguen: *auricula, bullula, cicatricula, glandula, mamula, mitella*.

⁹ Cf. nota 2 de D. Langslow (*o.c.*, 196).

manos de las clases más humildes, aquellas que disponían únicamente de sus habilidades manuales para vivir; ello explica que la mayoría de los términos aquí estudiados procedan de técnicas empleadas en la antigüedad para el cultivo de la uva o el olivo, la manipulación de los alimentos, la detección y cura de las enfermedades de los animales y las plantas, todo ello vinculado a la economía de una hacienda autosuficiente dirigida normalmente, y esto es lo sustancial, por un hombre rico y cultivado que, como en el caso de Catón, transmite esas prácticas junto con los términos técnicos a su *vilicus* o capataz. Sin embargo, un médico cirujano también empleará, además de sus manos, una lengua técnica para denominar el instrumental quirúrgico usado en una intervención o las patologías que ha de tratar y esta lengua técnica se formará con los mismos procedimientos que el argot de un carpintero o un electricista, sin que entre en juego la formación del médico o del carpintero, salvo, tal vez, por el uso de calcos tomados de otras lenguas consideradas más apropiadas a esa materia, como el griego en la antigüedad¹⁰ y el inglés en nuestros días. Y uno de esos procedimientos parece ser el uso de los sufijos llamados de diminutivo, posiblemente el más fecundo, pero no el único¹¹. El hecho de que el diminutivo haya sido considerado de manera tradicional un recurso morfológico para la expresión del afecto, ligada a la expresión de la disminución, ha impedido analizar convenientemente su capacidad categorizadora, base de su productividad en el lenguaje técnico¹². Además, los estudios recientes sobre la creación del léxico técnico señalan como propiedad definitoria del lenguaje técnico el hecho de que no admita la connotación (M.^a A. Martín Zorraquino 1997, 321). Efectivamente, con la premisa de la no connotación para el lenguaje técnico, es natural que la derivación en diminutivo en la lengua latina haya sido tradicionalmente asociada a la producción literaria connotativa. Esta desviación en el análisis de los derivados en diminutivo nos lleva a una aplicación prudente de las propiedades propuestas para el lenguaje técnico de las lenguas modernas.

3. SUFIJOS Y VALORES

Demos un breve repaso a los valores y usos tradicionalmente atribuidos al diminutivo. Parece indiscutible que los sufijos de diminutivo en latín eran, al prin-

¹⁰ Sobre la importancia del griego para la formación del lenguaje científico latino, hay que evitar caer en la tentación de considerar de manera general la terminología latina un calco de la griega. Así ocurrió con la extensión del prefijo *sub-* en la creación de los adjetivos de color, tradicionalmente considerados un calco del modelo griego (M. Leumann 1972, 401); sin embargo una revisión reciente del fenómeno ha llevado a plantear la posibilidad de desarrollos paralelos, pero independientes a partir de un sistema común heredado del indoeuropeo (cf. P. Cuzzolin 2005, 40-41).

¹¹ D. Langslow (*o.c.*, 193-196) señala también para la terminología médica la derivación en *-or* y en *-torius*.

¹² Asociación errónea que aún puede leerse en los manuales de gramática más modernos sobre el español; cf. F.A. Lázaro Mora (1999, 4651), quien concluye que «Por lo tanto «aminoración» y «aprecio» son valores solidarios en el diminutivo».

cipio, muchos menos de los que posteriormente se documentaron: *-lo*, unido a la 1.^a y la 2.^a declinación; y *-co*, que conserva su valor diminutivo en *homuncio*, ampliado con la adición de *-lo*, dando lugar al doble sufijo *-colo*, que se añade a la 3.^a, 4.^a y 5.^a declinaciones¹³. Además, el sufijo *-lo* añadido a los temas en *-ro/a*, *-no/a* y en *-lo/a* ha sufrido cambios fonéticos dando lugar a la terminación *-ello*, *-illo*: *liber - libellus*; y, como consecuencia de falsos cortes, la terminación *-ellus* ha sido reinterpretada como otro sufijo de diminutivo: *arcella*, de *arca*, con diminutivo primitivo *arcula*; y el abuso de la expresividad al que se ven sometidos los sufijos diminutivos todavía va a impulsar otra ampliación: *-ellula*: *arcellula*. Todo ello sin contar con los sufijos *-aster*, *-leus*, y *-tulus*.

Esta es la situación, simplificada, desde un punto de vista morfológico. Desde el punto de vista semántico, también presenta el diminutivo algunos problemas. Recordaremos brevemente los valores asignados a estos sufijos, sobre todo a partir de los trabajos de R. Hakamies (1951, 16-24) y J. Hanssen (1951, 82 ss.). Para los valores connotativos, son fundamentales los trabajos ya citados de M. Fruyt (1989, 131) y F. Gaide (1988, 585; 1992, 18-24), que operan con otros criterios, especialmente con la teoría de la argumentación de Ducrot. Esta última permite explicar usos como «menudo día» para un día especialmente largo y duro, *mulierculas*, «pobrecillas» para unas mujeres que nos provocan compasión o «me ha tocado un dinerillo», para minimizar una cantidad en el reparto de una herencia, por ejemplo. Aunque los valores connotativos no constituyen el objetivo principal de este trabajo¹⁴, es pertinente introducir una observación de carácter general en lo que atañe a los estudios dedicados a la formación en diminutivo. Cuando se trata de explicar los valores de los sufijos de diminutivo, no se distingue, por lo general, la fuente de la que proceden los datos: las obras técnicas presentan un lenguaje fundamentalmente denotativo, mientras que otras obras con mayor vocación artística, insertas en géneros literarios como la lírica o el teatro, se caracterizan por la riqueza connotativa de su lenguaje. Una primera distinción que tenga en cuenta el tipo de discurso en el que se insertan los derivados diminutivos sería decisiva para el estudio de estos. Por otro lado, siempre se ha relacionado la derivación con sufijo en diminutivo con el momento histórico en el que su presencia es mayor, es decir, la época posclásica; al respecto, habría que tener en cuenta que el mayor número de derivados con sufijo diminutivo en latín posclásico se puede explicar por el tipo de literatura que se escribe en ese momento. El aumento de la literatura ensayística, científica y de tratados pertenece precisamente a la época posclásica, tras el declive de los géneros genuinamente literarios. Ese exhaustivo cultivo de la li-

¹³ Con todo, las gramáticas advierten de que no todas las palabras latinas acabadas en *-lo/a*, *-colo* son diminutivos: *credulus*, *tegula*, *regula* serían derivados verbales, mientras que *fibula*, *cubiculum* y *peculum* serían derivados verbales con valor instrumental o sufijo mediativo, como los denomina G. Serbat (1975). Véase *infra* la explicación que se propone aquí para estos derivados.

¹⁴ Para un intento de explicación global de los valores de diminutivo desde un punto de vista cognitivo, cf. López Gregoris (2005, en prensa), donde se defiende la plena funcionalidad de estos sufijos en tres niveles comunicativos, en cada uno de los cuales se consiguen efectos expresivos distintos.

teratura científica en general propicia una mayor presencia de recursos lingüísticos asociados a ella, como los derivados en diminutivo. Una explicación paralela, pero con un volumen de producción menor estaría en el origen de los diminutivos de la época arcaica, que, como es sabido, tuvo una primera etapa de cultivo de la literatura técnica. Esta observación limita el alcance de la tesis tradicional que vincula el aumento de derivados en diminutivos con el latín vulgar.

Téngase en cuenta también de modo destacado que los sufijos llamados de diminutivo no siempre dan lugar a derivados con alguno de los valores asociados al diminutivo; es más, algunas formaciones reexaminadas resultan no ser verdaderos diminutivos desde un punto de vista morfológico. Es el caso de *fabula* (G. Serbat 1975, 18-19) o de *iungula* (J. Loicq 1960, 43), que han servido para mostrar que los gramáticos latinos se equivocaban en los análisis etimológicos propuestos para estas y otras formaciones. Pues bien, para el estudio del uso de los recursos léxicos y morfológicos por parte de los tratadistas romanos y la determinación de sus fines expresivos, poco o nada importa la verdad filológica de las palabras, sino que nos aporta más información la consideración que ellos tenían de esas palabras. De modo que estos diminutivos, *opacos* a nuestros ojos eran diáfanos para el usuario de la lengua, poco purista, en general, con las reglas de formación de palabras. Así las cosas, en este trabajo se considerará *fabula* una formación con sufijo llamado de diminutivo, puesto que sobre ella los romanos derivaron *fabella*; y *iungula*, aunque probablemente no esté formada sobre *iungis*, fue usada por los tratadistas de la misma manera que *auricula* y, por eso, habrá de recibir el mismo análisis, no morfológico, sino semántico. Y si ahondamos un poco más en las relaciones entre la morfología y la semántica, tal vez podríamos hallar algún punto de contacto entre los valores asignados a los morfemas y ciertos procedimientos semánticos de creación de palabras. Es el caso, por ejemplo, de los llamados sufijos indoeuropeos mediativos o instrumentales, por un lado, y los sufijos locativos, por otro; ambos dan lugar, como es sabido, a múltiples confusiones con alguno de los sufijos de diminutivo; así sabemos que *cubiculum* no es un derivado en diminutivo, sino un derivado locativo, de modo que debe entenderse como «el lugar donde tumbarse»; igualmente que *poculum* es un deverbativo de la raíz (**peh*₃(*y*)-), «beber», y debe entenderse como «el instrumento con el que beber», al igual que *oraculum*, «el medio por el que se expresa el dios». En cuanto a los procesos que entran en la mecánica semántica de la derivación en general y de los verdaderos diminutivos en particular, los más recurrentes son, sin lugar a dudas, la metáfora y la metonimia¹⁵. En la derivación con sufijo de diminutivo, encontramos estos procedimientos, por ejemplo, en *palmula*, *offula*, «manejo», «bocado», que se puede glosar por «lo

¹⁵ La metáfora es una vinculación figurativa entre dos realidades que no tienen ninguna relación semántica; su función es la comprensión. La metonimia, a su vez, implica un uso básico referencial, de modo que mencionamos una entidad en lugar de otra, además de ayudarnos a la comprensión (G. Lakoff - M. Johnson 1991, 74).

que se coge con la mano o con la boca»; *osculum*, «beso», que tal vez puede glosarse por «lo que se hace con la boca»¹⁶; *armilla*, «brazalete», «que se lleva en el brazo». Llegados a este punto, cabría plantearse si entre los valores de los morfemas instrumentales y locativos indoeuropeos, base de algunos derivados, y el proceso metonímico que explica otros derivados de diminutivo, no existe una analogía referencial que haya podido determinar la confluencia en época histórica no solo formal, sino también significativa de todos los derivados. De modo que, aunque la reconstrucción nos enseñe que los formantes son distintos, el mecanismo metonímico subyacente es, posiblemente, equivalente¹⁷.

Después de estas aclaraciones, el punto de partida de cualquier estudio sobre el diminutivo debe ser, en mi opinión, el valor originario, es decir, indoeuropeo, que expresaban los sufijos llamados diminutivos, a saber, el de «parecido y pertenencia a una especie» (R. Hakamies 1951, 7) o, si se prefiere en formulación de A. Ernout (1954, 190), «imagen reducida o aproximada»; según estos autores, no parece difícil derivar de este valor primitivo el de «disminución» o «aminoración», que se ha convertido con el tiempo en su valor principal: *agnus - agnellus*; *cista - cistula*, *ovis - ovicula*. Al fin y al cabo, el adulto en el mundo animal o vegetal es la referencia o el prototipo de una especie; de ahí que el que se parece al prototipo sin alcanzarlo puede dar idea de pequeñez. Y, como es sabido, la pequeñez y el valor afectivo se asocian estrechamente hasta límites insospechados, como se observa en el lenguaje infantil y en el amoroso, donde el diminutivo traduce una especie de ambiente afectivo-expresivo que colorea todas las palabras del contexto; esta es, a grandes rasgos, la teoría tradicional que intenta explicar el abanico de posibilidades expresivas del diminutivo. A partir de ahí, la derivación mediante la adición de un sufijo de diminutivo es un procedimiento que con frecuencia se carga de gran fuerza expresiva¹⁸. Y, dando un paso más, Hanssen (1951, 16 y 82) propone considerar los sufijos de diminutivo un signo cuya función primordial es la de dotar a una palabra de un valor de interés y novedad que atraiga la atención del lector¹⁹.

¹⁶ En español encontramos la expresión con diminutivo «hacer boquita», semejante a «hacer manitas». Y en el lenguaje amoroso de los jóvenes, «darse un piquito» equivale a «besarse».

¹⁷ Se trata de una relación local inversa: el locativo expresa una entidad en la que se ubica la acción verbal y que, por tanto, tiene unas dimensiones mayores o iguales que las de las entidades que se sitúan en ellas (los ejércitos se asentaron en la llanura); el instrumental, por el contrario, suele designar una entidad que participa, con distintos grados de agentividad, en el desarrollo de la acción verbal. Salvo excepciones, en su uso como expresión del Instrumento, el instrumental designa una entidad que es menor que el agente que la manipula (piénsese en instrumentos prototípicos, como los martillos, los palos o los tornillos); cf. L. Conti 2003, 213.

¹⁸ Según M. Fruyt (1989, 131), este valor afectivo lo habilita para encauzar, de manera autónoma, una función ilocutiva expresiva, es decir, la fuerza de la exclamación: *miselle passer* (Catull. 2, 7). En esta línea de estudio de los valores connotativos debe incluirse el trabajo de J. Granarolo (1994, 229-239) sobre los diminutivos de Catulo e incluso el exhaustivo trabajo de Ronconi (1940, 1-45).

¹⁹ Esta es la función que él propone para los diminutivos plautinos; para una propuesta complementaria, cf. R. López Gregoris (2001, 829-846).

Precisamente en el valor afectivo basa J. Hanssen (*o.c.*, 108 s.) su explicación del uso técnico del diminutivo en Catón y Varrón; él parte de un concepto psicológico muy socorrido cuando se habla de pueblos antiguos, el animismo. Al parecer, los objetos y los animales asociados al campo, actividad primera de los romanos, estaban sometidos a una especie de animismo propio de los pueblos antiguos y rurales; ello explica, según el autor, que recibieran un diminutivo de valor afectivo, ligándolos a lo cotidiano de las labores del campo²⁰. La pérdida de conciencia de la creencia animista y de familiaridad que se produce con el abandono de las tareas del campo y la implantación de la moral urbana frente a la moral rústica, proceso que ya se observa con fuerza en las obras de Plauto, supondría el olvido del valor afectivo de esas palabras, pasando a ser sentidas por los lectores y escritores posteriores como términos específicos y, por tanto, técnicos. Aunque se trata de una explicación posible, es indemostrable²¹.

4. PROPUESTA

Aparte de esta asociación con el animismo de los pueblos antiguos y esa supuesta afectividad de los *rustici* romanos al nombrar seres y objetos de su entorno, hay datos lingüísticos que explican por sí mismos el uso técnico del diminutivo y, sobre todo, la conciencia que tienen los escritores técnicos de disponer de un procedimiento morfológico de creación léxica para describir y clasificar el mundo ya desde los primeros documentos técnicos. Para empezar, el valor primitivo de los sufijos llamados diminutivos, a saber, el de parecido o pertenencia a una especie no parece que se pierda en la lengua latina; así, los adjetivos *bubulus* y *ovillus* se entienden como «pertenecientes a la especie» de la vaca o la oveja. Pertenencia o parecido expresan los adjetivos *caerulus*, *nubilus*, *aquilus*, empleados para la descripción de algunos tonos cromáticos por aproximación a una realidad, aunque no sepamos exactamente a cuál²². Parecido que no alcanza el prototipo encontramos en algunos derivados de los nombres de color: *rubellus*, *nigellus*, etc. (como *rojizo*, *amarillento*, *verdoso*, *amarronado*, *verdoncho*, etc. en español), a los que volveremos después.

²⁰ La misma explicación afectiva puede encontrarse en B. Zuchelli (1970, 141) y C. Arias (1994, 143).

²¹ En realidad, el problema de averiguar si fue anterior el uso denotativo o el connotativo no es esencial para este trabajo; con todo, y de acuerdo con las propuestas de Fruyt (1989, 2005), parece más lógico el movimiento contrario al planteamiento animista: dado que los diminutivos se documentan con un empleo constante para la tipificación de las crías, como ya se ha visto, sería probablemente a través de él como terminarían por adquirir una carga afectiva. Se trata, claro está, de un planteamiento menos romántico de las relaciones del agricultor con sus recursos, pero posiblemente más realista.

²² *Caerulus*, «oscuro, negruzco»; *nubilus*, «oscuro, sombrío»; *aquilus*, «oscuro». En ningún caso queda clara la relación del significado con su supuesta base léxica. Llama la atención que los tres adjetivos estén derivados de términos que en nuestra cultura expresan la claridad o la luz, el cielo, las nubes y el agua, si bien en latín estos adjetivos deben de expresar más que el color la presencia o no de luz y su permeabilidad a la misma.

Además, el sufijo *-lo* expresa una función de moción de género que citan todos los trabajos, la de creación de femeninos: *puella*, *sacerdotula*, *ancilla*, *adulescentula*; sirva de ejemplo el siguiente texto de Varrón (*Ling.* 5, 130): *item texta fasciola, qua capillum in capite alligarent, dictum capital a capite, quod sacerdotulae in capite etiam nunc solent habere*, «Del mismo modo la redecilla con la que se recogen el pelo en la cabeza, llamada *capital* por cabeza, porque es lo que las sacerdotisas suelen llevar incluso ahora en la cabeza». Esta posibilidad morfológica de producción de femeninos se explica como una especialización entre géneros y por la tradicional asociación entre sexo femenino y minoría de edad, es decir, inferioridad mental y jurídica.

Ese valor primitivo de pertenencia y parecido a una especie justificaría sobradamente el uso técnico del diminutivo desde el momento en el que los valores denotativos que habitualmente se le atribuyen son derivables todos ellos del valor antiguo; sin ir más lejos, el valor de disminución referido a los animales, por poner un ejemplo, es una forma evidente de relacionar el derivado con la especie de la base léxica. Es decir, los tratadistas antiguos eran conscientes de tener a su disposición un recurso morfológico para describir y clasificar una parcela de la realidad; un recurso léxico que les permitía categorizar la realidad de acuerdo a unos parámetros que podríamos llamar canónicos, porque el valor de parecido o pertenencia, que constituye la base sobre la cual se sustenta el uso técnico, ha de concretarse y delimitarse a través de las categorías que precisamente tipifica este uso. En efecto, en la descripción de una parcela concreta del mundo se hace necesario partir de ciertos parámetros físicos o notionales que permitan articular la información; y esos parámetros son los criterios básicos que nos facultan para atribuir a un término dado el carácter técnico.

Por otro lado, para aquellos derivados en diminutivo donde no se aprecia cambio semántico alguno (*formicula* de *formica* o *cerebellum* de *cerebrum* en Marcelo Empírico), existe una explicación que atañe a la forma y nada tiene que ver con el significado. Así, la conciencia del escritor de que el diminutivo es un procedimiento que crea un tipo de palabras de uso técnico nos invita a pensar que *formicula* debe interpretarse como un derivado que indica que se está usando como término técnico; es más, incluso es índice de que hay coherencia entre la forma y el discurso técnico, en palabras de S. Boscherini (cf. *supra*), de que se acentúa el carácter técnico con la adición del sufijo. Por tanto, además de servir para ampliar las palabras que se han desgastado por el uso y darles más cuerpo fónico, el diminutivo confiere a la obra que se escribe un aspecto técnico, de verosimilitud y autoridad. De ahí que un mismo autor, Marcelo Empírico por ejemplo, emplee en su obra el lexema base y el derivado en diminutivo no suponga ninguna contradicción con lo que aquí proponemos; es evidente que el término derivado es un término marcado o coloreado terminológicamente, indicativo de que el lector se encuentra ante un texto de carácter técnico, mientras que el lexema base es el término no marcado, pudiendo ser usado en cualquier momento por el autor sin por ello dejar de escribir un tra-

tado técnico²³. Además, Marcelo Empírico es un autor técnico peculiar; aún no sabemos si era un simple aficionado a la medicina o si podía practicarla; por otro lado, es el autor tardío que recoge mayor número de *carmina magica*, lo que hoy llamaríamos prácticas paramédicas. Con un material tan diverso no deja de tener su sentido que aderece formalmente su obra, consciente como era de que tenía a su alcance un procedimiento formal para dar apariencia de ciencia a lo que tal vez no lo era. El diminutivo funcionaría, pues, como manifestación de autoridad y verosimilitud y transmitiría al lector una forma que iría unida a un contenido. Tal vez en este caso y circunstancia podría hablarse de un uso connotado de los derivados en diminutivo.

De esta manera invertimos el punto de vista de interpretación de los diminutivos en época posclásica, los ponemos en relación con los mismos diminutivos de época arcaica y los situamos en un contexto de uso concreto, el discurso científico. Ello no impide que otros factores secundarios como la relajación en la pronunciación, que reduciría la entidad fónica de algunas palabras, y la consecuente necesidad de alargarlas, etc. ayudaran en la extensión del uso del diminutivo en general y del uso técnico en particular. Con todo, los usos técnicos del sufijo de diminutivo suelen entrañar un cambio de significado con respecto a la base; no se trata de un fenómeno inmediato, sino más bien de un proceso que se basa en asociaciones con referentes de la vida cotidiana y con categorías básicas con las que el hombre clasifica la realidad.

Pero, dando un paso más, podemos afirmar, sin afán exhaustivo o intención de que las categorías presentadas resulten excluyentes, que en el conjunto de términos de los tratadistas puede aislarse una serie de criterios que encauza la información y demuestra la capacidad categorizadora de estos sufijos en su uso técnico. Por otro lado, es muy curioso ver que cada escritor técnico especializa según sus intereses ese valor básico de parecido y pertenencia, de modo que en la ganadería resulta fundamental diferenciar crías de adultos, en el cultivo de la vid los distintos colores o tonalidades de la uva, en la cocina el resultado de una elaboración cuyo producto final ya no se parece tanto a los ingredientes iniciales, pero que surge de su combinación, y así con todas las técnicas o ciencias. En resumen, la tipificación que se propone a continuación es la fusión de un hecho lingüístico asociado al valor del sufijo, el de pertenencia y parecido, y la necesidad de un ámbito científico concreto por especializarse y clasificarse. No es, ciertamente, una tipificación exhaustiva, pero recoge en esencia los desarrollos técnicos más frecuentes:

²³ Además de la explicación que aquí se ofrece, A. Önnersfors (1991, 402) defiende un valor significativo diferenciador en los derivados diminutivos usados por Marcelo, que ilustra con el término *auricula*, «pabellón auditivo interno» frente al simple *auris*, «oreja externa». Es posible que algunos dobles, en algunos autores, se vieran favorecidos por una necesidad diferenciadora en aras de una mayor especificidad o claridad en la exposición, dotando de un sentido técnico o, al menos, más específico al derivado.

Tamaño: En este caso, a diferencia del siguiente, el sufijo clasifica la realidad atendiendo al criterio de la disminución en sentido absoluto; es decir, no se trata de que el diminutivo aclare que un animal o vegetal es más pequeño que la base, sino que el sufijo categoriza la realidad con el criterio de la disminución, sin que tengamos que imaginarnos ninguna motivación cognitiva que justifique que un tipo de pájaro de tamaño reducido reciba un sufijo en diminutivo porque exista necesariamente otra especie más grande.

Este tipo permite clasificar a las crías en los tratados de ganadería (*asellus*, *catulus*, *vitulus*, *lepusculus*, *eculus*) e introduce un dato importante en la cría de ganado, la edad: *anniculus*: «añojo», *vetulus*: «adulto». Clasifica igualmente las especies menores en botánica y tratados de aves: *lusciniola*, «ruiseñor», *merula*: «mirlo», *regulus*: «abadejo, régulo o reyezuelo»; *feniculum*: «hinojo», *cicercula*: «algarrobo», *fabulus*: «haba pequeña» (de *faba*); *novella*: «viña nueva o majuelo», *baticula*: «perejil de mar», *surculus*: «retoño o pimpollo». Designa partes del cuerpo en tratados de medicina: *articulus*, *alveolus*, *auricula*, *testiculus*, *glandula*, *cerebella* («sesos»²⁴) e instrumentos de oficios manuales: *columella*: «pie de un busto» (Vitr. 10, 10, 4; Varro *Rust.* 3, 5, 14), *corbula*: «balde o cubeta» (Cato *Agr.* 28, 1); *cupula*: «hornillo» (Cato *Agr.* 21, 3); *fiscella*: «cubeta» (Colum. 12, 38, 6) y «bozal para bueyes» (Cato *Agr.* 54, 5); *resticula*: «cordel» (Cato *Agr.* 110); *canaliculus*²⁵: «canalillo» (Varro *Rust.* 3, 5, 14); *capreolus*: «azada para las viñas» (Varro *Rust.* 1, 31, 4); *tubulus*: «canal o tubo pequeño» (Vitr. 8, 6, 8); *rudicula*: «espátula» (Cato *Agr.* 95, 1; Cels. 4, 26, 7), *trabecula*: «vigüeta» (Cato *Agr.* 18, 5).

Forma: En este caso, el sufijo categoriza la realidad a través del parecido entre el objeto referencial y el nuevo, pero toma como punto de referencia el criterio de la forma. Este procedimiento metafórico permite la creación de numerosos términos en todos los ámbitos técnicos, como la arquitectura: *capitulum*: «capitel», *cauliculus*: «filete» o cada una de las hojas del capitel corintio; *denticulus*: «dentellón», moldura que se pone debajo de la cornisa (Vitr. 1, 2, 6); la astronomía: *Canicula* (Varro *Rust.* 1, 28, 2), «constelación del perro», *Capella*, *Haeduli*, otras constelaciones; instrumentos de oficios: *craticula*: «parrilla» (Cato *Agr.* 13, 1); *orbiculus*: «polea o garrucha» (Colum. 4, 30, 4); *ungula*: «pezuña»; la medicina, *panicula*: «hemorroide», por el parecido a una mazorca (Scrib. *Larg.* 82, 2; Cels. 5, 28, 10); *tonsillae*: «amígdalas» (Marcell. *Med.* 15, 11; *tonsilla* es en origen una palabra náutica: «palos para fijar la nave a puerto»)²⁶, *musculus*: «músculo», por su parecido con un ratón

²⁴ *Cerebrum/cerebellum*: hombres/animales, «cerebro/seso», cf. J. André (1991, 239).

²⁵ Este derivado diminutivo presenta, según F. González-Luis (1992, 263), fluctuación de género, *canaliculus/canalicula*, lo que ha sido útil para la especialización de alguno de los usos técnicos del diminutivo que se documentan en la lengua latina. Véase, al respecto, el trabajo de F. Hernández-González (1984).

²⁶ Para el término *tonsillae*, Boscherini (*o.c.*, 188-189) propone dos explicaciones complementarias: la metáfora y la creación léxica mediante el sufijo de diminutivo.

(Cels. 5, 26, 22), *furunculus*: «forúnculo», por su parecido a la yema corta y secundaria del sarmiento (Plin. *Nat.* 17, 181; Cels. 5, 28, 8)²⁷; *scrofulae*: «paperas», inflamación general que recuerda a la cerda paridera, *scrofa*; y la agricultura; *clavicula*: «zarcillo o tijereta de la vid», por su parecido a una llave; *gladiolus*: «gladiolo», por su parecido a un puñal; *malleolus*: «esqueje o majuelo de la vid», que se planta en tierra para que crezca, en forma de martillo (Colum. *Arb.* 3, 4); *plumula*: «pelusa de las plantas», por su parecido al plumón (Varro *Rust.* 3, 5, 11).

Pertenencia o cualidad: El sufijo de diminutivo expresa que el derivado mantiene la cualidad o materia de la base léxica. Ya dijimos arriba que estos derivados reproducen el antiguo valor indoeuropeo de parecido o pertenencia, sin que por ello tenga que entenderse que los términos en cuestión sean antiguos derivados de un sufijo antiquísimo donde se hubiera cristalizado un valor originario ya perdido. Al contrario, más bien parece que la capacidad camaleónica de los llamados sufijos de diminutivo permite la expresión de un valor sumamente útil y lo suficientemente genérico para la categorización de la realidad, el de pertenencia o cualidad, que coincide con el antiguo valor indoeuropeo.

Este tipo se emplea, sobre todo, para la creación de adjetivos: *vernaculus*: «el esclavo nacido en la casa»; *corneolus*: «duro como la córnea»; *sirpiculus*: «cesto de madera de boj»; *quasillus*: «canastilla de mimbre»; *pusillus*: «de poca importancia o tamaño»; *suillus*: «porcino» (*caro suilla*: «chulla» - «chuleta»); *ovillus*; *bubulus*. Pero no solo, como lo ilustran los siguientes sustantivos: *pustula* - *pusula*: «ampolla de pus»; *bestiolae*: «bichos»; *carbunculus*: «carbúnculo», por la virulencia de la enfermedad, que produce fiebre altísima (Cels. 5, 28, 1).

Color o cualidad: Dentro del tipo pertenencia o cualidad hay que incluir un subtipo muy productivo para la técnica, incluso hoy, el de la tipificación mediante el color. La adición del sufijo de diminutivo especifica que un animal, una planta o un terreno se describen e incluso se clasifican atendiendo a la cercanía o proximidad a un color; teniendo en cuenta que la escala cromática aún no se conocía, este procedimiento se nos antoja sumamente moderno y científico. Aparece sobre todo en los tratados sobre viñas, lo que se explica por la afición y aprecio que los antiguos experimentaban por este cultivo; además, las diferencias cromáticas que se describen con estos derivados recuerdan a los diminutivos que el cultivo de los vinos actuales ha creado a la hora de denominar la uva y las cepas: *agudello*, *albarello*, *albariño*, *albillo*, *cabernet*, *ci-güete*, *doradilla*, *godello*, *mazuelo*, *monastrell*, *moscatel*, *negramoll*, *pardillo*, *tempranillo*, *rufete*, *sumoll*, *tintilla*, *verdejo*, *verdosilla*, *xarello*, *arrufiat*,

²⁷ Para la motivación de este término agrícola y después médico, hay varias propuestas; cf. Boschellini (*o.c.*, 192).

blanquette, clairette, merlot, molette, muscadelle, muscadet, négrette, pinot, verdot (sauvignon, sémillon), etc., donde entran en juego otros factores, además del color (J. Hidalgo 2002, I 716-722; II 745-762)²⁸.

Según lo dicho encontramos los siguientes términos: *helvola vitis*: «vid amarillenta o parda» (Colum. 3, 2, 23²⁹; véase también Cato Agr. 6, 4); *rubellae vineae* (Plin. Nat. 14, 23), «viñas de sarmientos rojizos»; *rabuscula vitis*, «vid grisácea»: *dictae... cinerea et rabuscula et asinusca* «vides llamadas cenicientas, grisáceas y pollinas» (Plin. Nat. 14, 42); *candidulus*, «tirando a blanco brillante» en cuestión de frutales: *Mediocri arbore nascuntur et flore candidulo*, «nacén de un arbusto y de una flor de blanco esplendente» (Pallad. 13, 4, 1); también encontramos *albidulus* y *nigellus* en el mismo autor (Pallad. 3, 25, 12)³⁰; *luteolus*, «amarillento» (Colum. 12, 49, 9, hablando de las aceitunas)³¹; *aureolus*, «tirando a dorado» (Colum. 9, 3, 2, etc.); para los pájaros: *galbulus*: «oropéndola» (Mart. 13, 68); los terrenos y las enfermedades: *variola*: «tachonada, a motas» (*variolatus*: Cass. Fel. 22), (esp. *varicela, viruela*; fr. *variole*); *rubeola; russeolus* (fr. *rougeole*).

Con respecto al color, hay que decir que cumple todas los requisitos para convertirse en una forma de categorizar la realidad. No digo que los términos del color en latín formen una terminología en el sentido de léxico *nomenclator* no sujeto a oposiciones significativas, pero no deja de ser una coincidencia que hayan sido los tratadistas latinos de agricultura y Plinio los que hayan procurado el material sobre el color para la realización de un estudio semántico, el de C. Arias. En este trabajo precisamente (1994, 139-143) se advierte de las posibilidades innatas al léxico del color para crear un léxico técnico. Con respecto al valor de aproximación de algunos adjetivos del color arriba vistos, esta misma autora señala que el sistema del color por ella estudiado ofrece un doblete morfológico para ese valor de aproximación: además del derivado diminutivo, del que afirma con rotundidad que «se trata más de un procedimiento formal

²⁸ Es evidente que las lenguas romances han heredado del latín este procedimiento asociado al cultivo del vino. Sirva de ejemplo el tratado sobre las viñas de Columela, donde encontramos los siguientes términos para clasificarlas: *vitis vinnucula* (3, 2, 2) ¿«venosa»?; *rubellana* (3, 2, 14) «rojiza»; *visulla* (3, 2, 22) ¿«vistosa»?; *helvola* (3, 2, 23) «pardina»; *inerticula* (3, 2, 24) «flojilla»; *scirpicula* (3, 2, 27) «junquera»; *rabucula* (3, 2, 27) ¿«grisácea»?; *hirtiola* (3, 2, 28) «velluda»; *ferreola* (3, 2, 28) «rígida», por la rigidez del sarmiento; *surcula* (Plin. Nat. 14, 34) ¿«áspera»? La denominación de las cepas en latín ha sido estudiada por J. André (1952, 126-156) y Ch. Kircher-Durand (1993, 207-222).

²⁹ *Sunt et helvolae (sc. vites),... neque purpureae neque nigrae, ab helvo, nisi fallor, colore vocitatae*, «Están también las vides *pardinas*, que no son rojas ni negras, así denominadas, creo, por el color *parado de los bueyes*». Sobre *helvus* y su posición en la estructura semántica del color, es imprescindible la consulta de C. Arias Abellán (1994, 120-121); también ofrece una explicación para *helvola, rabuscula y rubella*, (o.c. 143).

³⁰ *Post mensem tertium suspensae hae carnes liquorem emittunt saporis iucundi sed coloris albiduli. Contra hoc illud proderit, ut tempore quo saliantur, pro aliqua parte vina nigella permisceas*, «Después del segundo mes, estas carnes colgadas sueltan un jugo sabroso, pero de aspecto blancuzco. Para evitarlo, es útil echar un poco de vino negrete, en el momento en que brotan».

³¹ *Oliva Pausea vel orchita cum primum ex albo decolorantur et fit luteola*: «Las aceitunas *Pauseas* u orquitas, en cuanto se decoloran y pasan a un amarillo desvaído...».

para la creación de nuevos lexemas (designativos o de carácter técnico) que de formas sufijadas en las que la derivación actúe con pleno rendimiento de su función *gramatical* de añadir *aminoración* (real o afectiva) a la correspondiente base léxica» (o.c., 143, a propósito de *helvolus*), existe otro modo de derivación mediante el prefijo *sub-*: *subniger*, *subalbus* y *subrutilus*. Puesto que hemos podido comprobar que también este procedimiento va a tener gran rendimiento en el lenguaje médico (*sublividus*, *subalbidus*, *subrubicundus* son empleados por Celso), conviene considerar ambos modos morfológicos de creación léxica³² para la clasificación de una realidad técnica, ya sea agrícola o médica.

Herramienta³³: Desde el punto de vista de la realidad designada, existe un grupo de derivados en diminutivo que hacen referencia a instrumentos de trabajo, es decir, herramientas de ocupaciones domésticas, cuyo origen no se explica por medio de la metáfora o la metonimia. Es el caso de las «pinzas de depilación», *volsellae*, cuyo uso técnico las convierte en «tenazas» o «fórceps», según el caso (Varro *Ling.* 9, 33); parece ser que se trata de un derivado del participio *vulsus*, sin forma nominal previa conocida. Otro caso es el término *trulla*, «cacillo» (Cato *Agr.* 10, 2), derivado de un raro y posiblemente griego *trua*, «espumadera», que lo mismo sirve de colador para el vino que de llana o trulla para el albañil (Pallad. 1, 15). Y otro más *fractillum*, término tardío (Gloss. Isid.) con el que se designa el aparato para cascar la pimienta.

Además del valor arriba citado, sufijo parece expresar la pequeñez del objeto descrito. Probablemente se trate de derivados analógicos sobre otros diminutivos que describen instrumentos, del tipo *asciola*, «azuela», derivado tardío de *ascia*, «azada» (Vit. 1, 42, 3; Pallad. 1, 14), y otros, ya vistos en los apartados anteriores.

Defecto: En este caso el sufijo de diminutivo marca una carencia del derivado frente a la base con un claro valor peyorativo que nace de esa carestía, valor que también se conserva en español: *Experto en mucho*, *maestrillo en nada*, donde el diminutivo indica que no se alcanza la categoría en grado pleno de la base léxica. En latín tenemos algunos derivados asociados al mundo gastronómico o rústico.

Iusculum: «calducho o caldo pobre», es decir, que le falta la sustancia: *beta-cios, sed nigros, quorum detersas radices et mulso decoctas cum sale modico et oleo vel sale, aqua et oleo in se coctas iusculum facere et potari*, «coges unas acelgas negras, les quitas las raíces y las cueces en agua con miel, un poco de

³² El significado que el prefijo *sub-* aporta a sus derivados, el lugar que ocupa en los grados del adjetivo y la diferencia que supone respecto a los derivados en *-culus* en los adjetivos de color son cuestiones que aún se debaten; merecen destacarse los trabajos de M.C. Díaz y Díaz (1964), C. Arias (1994), B. García-Hernández (2000), P. Cuzzolin (2005) y M. Fruyt (2005).

³³ Prefiero esta denominación a la tal vez más adecuada «Instrumento», para evitar confundir «instrumento» en una técnica, con noción «instrumental» de algunos sufijos en semántica morfológica, y con función «instrumental» de algunos complementos en un análisis semántico-sintáctico.

sal y aceite, o con sal, agua y aceite, y haces un calducho para beber» (Ap. 3, 2, 4; véase también Cato Agr. 156, 6)³⁴. *Deliculus*: «destetado» antes de tiempo y, por ello, «flacucho»: *boves vetulos, armenta delicula, oves deliculas, lanam, pelles, plostrum vetus, ferramenta vetera, servum senem, servum morbosum, et si quid aliud supersit, vendat*, «que venda las vacas viejas, el ganado flaco, las ovejas flacas, la lana y las pieles, el viejo carro, los viejos enseres, el esclavo viejo y el que esté enfermo, y todo lo que sobre» (Cato Agr. 2, 7). Este texto merece un comentario al identificar las crías destetadas a otros objetos inservibles o esclavos viejos; las crías escuálidas son el resultado de retirarlas antes de tiempo de la ubre de las madres con el fin de aprovechar la leche.

Otro ejemplo que entra en esta categoría es el del *inerticula*, término que se usa para una vid cuyo vino, aunque fragante, no provoca la embriaguez por su bajo contenido en azúcar; podría traducirse por «flojilla» o, ya hecha vino, «clarete».

Cantidad que cabe en: El sufijo categoriza la parte, grande o pequeña, que cabe en un continente dado, elegido y formado sobre un lexema base indicado para expresar esa realidad. Como es natural, los referentes inmediatos son las partes del cuerpo humano que sirven para asir y aprehender objetos, por tanto son derivados de manipulación, una categoría muy próxima a las necesidades del hombre. No estará de más insistir en que este valor nace del proceso cognitivo de la metonimia, al que ya se ha aludido antes, en conexión, además, con antiguas formaciones instrumentales.

Offula: bocado, lo que cabe en la boca de un mordisco; *pugillus*: puñado; *pal-mula*: lo que cabe en la palma de la mano; *fasciculus*: manojo; *pullum*: pellizco: *Vbi iam coctum incipit esse, eo addito brassicae coliculos duos, betae coliculos II cum radice sua, feliculae pullum, herbae mercurialis non multum,... et lentis pugillum*, «Cuando comience a cocer, añádanse dos tallos de acelga, dos de ble-do con su raíz, un pellizco de hinojo, un poco de hierba mercurial,... y un pu-ñado de lentejas» (Cato Agr. 158, 1).

Mezcla: Como ya se ha dicho, el sufijo de diminutivo expresa en los tratados culinarios el resultado de la combinación de varios ingredientes, cuya mezcla origina un producto final altamente transformado. En español y francés hay ejemplos: *vinagreta, morcilla o mondejo, picadillo, potaje, zarzuela, tortilla, papilla, botillo, zarajo, bartolillo; vinaigrette, ratatouille, cassoulet, omelette, rillettes*. Ahora bien, las lenguas modernas ofrecen dos tipos de datos

³⁴ En este pasaje de Catón, *eo addito oleum bene et salem et cumini paululum, infervefacito paulisper; postea inde iusculum frigidum sorbere et ipsam brassicam esse, uti quam primum excoquatur*, «y añádele bien de aceite, sal y un poco de comino, que cueza un momento y después beber el calducho ya frío y comer el repollo para que se digiera lo antes posible», M. Fruyt (2005, 232) defiende un valor desintensivo referencial que en este caso se traduciría por «un poco de caldo»; yo creo más bien, de acuerdo con el valor aquí propuesto, que Catón aconseja «sorber el calducho frío», sin especificar cantidad, pero marcando la insipidez del mismo.

completamente distintos con relación al mundo de los alimentos, que deben diferenciarse cuidadosamente en el análisis de los valores de diminutivo. Así, encontramos diminutivos con valor denotativo: «comerse unos chanquetes o una tortilla», muy distintos de los derivados en diminutivo del tipo «¡qué hambre tengo, me voy a comer una tortillita!», de evidente valor connotativo. El primero es un proceso por el que se pasa de «torta» a «tortilla» dentro de un discurso de denotación con cambio de significado y sin presencia de afectividad, mientras que en el segundo caso, la «tortillita», siendo un derivado en diminutivo, pertenece a otro nivel del discurso, el connotativo.

Volviendo al latín, los datos que manejamos proceden de tratados culinarios o de simples recetas donde el valor connotativo está ausente. Entre los derivados diminutivos «culinarios», hemos encontrado términos para una especie de roscones, *lixulae* - *similixulae* (Varro *Ling.* 5, 107); pasteles o flanes, el *savillum*: *Savillum hoc modo facito: farinae selibram, casei P. II S una commisceto quasi libum, mellis P. et ovum unum*, «El *savillo* se hace así: mézclese media libra de harina y dos libras y media de queso, como el *libum*, un cuarto de libra de miel y un huevo» (Cato *Agr.* 84) y la *gratilla* (Arnobio, *Nat.* 7, 24); pero son los embutidos y rellenos de carne los que reciben mayoritariamente un nombre en diminutivo: *farticulum*: «mondejo»; *vulvulae*, *botelli*, *circelli* (Ap. 2, 3, 1), «salchichas y morcillas», y las *ofellae* (Ap. 7, 4), «carne troceada» para guisos. Y no podemos olvidar un tipo de uva que Catón (*Agr.* 23, 2) recomienda recoger para hacer el vino de los esclavos, las *uvae miscellae*, uvas de color varipinto, fruto de mezclar uvas distintas, en una especie de «mezclilla», aplicada al vino (G.K. Strodach 1933, 56).

* * *

Es evidente que no todos los derivados latinos en diminutivo entran en alguno de los apartados descritos, incluso alguno puede recibir dos usos técnicos distintos; de hecho, la multiplicidad de valores que se documenta en el diminutivo de las lenguas modernas ha llevado a la semántica cognitiva a la aplicación de un análisis de inferencias, que bien podemos trasladar a la lengua latina. Así, por ejemplo, *armillae*, «brazalete», término de uso militar y, luego, de la construcción, «argolla» (Vitr. 10, 2, 11), es un derivado de *armus*, «brazo» o, para ser exactos, «juntura entre el hombro y el brazo»; este derivado contiene la peculiaridad, además, de un cambio de género con respecto a su base, lo que, en principio, es un fenómeno esporádico en el proceso morfológico de la derivación de diminutivos, que podría explicarse por pertenecer al campo léxico de las partes del cuerpo, sujeto habitualmente a cambio de género, aunque con tendencia al neutro³⁵ (F. González-Luis 1992, 263-264).

³⁵ De hecho, se documenta un derivado en neutro, *armillum*, pequeña vasija para el vino que se llevaba sobre los hombros en los sacrificios, que plantea el mismo proceso de asociación de *armillae* para explicar su significado.

Haciendo abstracción de esa anomalía, el significado de *armillae* solo puede explicarse porque subraya uno de los rasgos definitorios del objeto: «que se porta en el brazo».

Pues bien, este tipo de asociaciones no metafóricas son las que han llamado la atención de la semántica cognitiva. Este proceso va más allá de la metonimia clásica en el sentido de que implica un grado de abstracción del sufijo empleado, para establecer una relación difícil de definir entre la base y el derivado. Para explicar la gramaticalización del sufijo y, en consecuencia, la aparentemente anárquica derivación a la que da lugar, sobre todo en las lenguas modernas, la semántica cognitiva opera con un análisis de inferencias. Aplicado al diminutivo en francés (C. Delhay 1999, 79-87), este análisis demuestra que los hablantes de una lengua comparten un haz de rasgos asociados a través de un código común. Y ello permite que los hablantes creen nuevos términos según sus necesidades y que todos los reconozcan y acepten sobre una base simbólica; así se explica que se haya acuñado el término *fenouillette* para una variedad de manzana en la que sobresale el sabor a hinojo. Como no tenemos hablantes de la lengua latina para verificar los presupuestos de este tipo de análisis, debemos recurrir a los datos escritos que, en su deficiencia, nos permiten vislumbrar la existencia de una serie de derivados en diminutivo, que no se explican bien como creaciones metafóricas o metonímicas, basadas en el parecido o pertenencia, sino en un haz estable de posibles combinaciones significativas, que dan lugar a la creación y la creatividad lingüística. Este elemento combinatorio explicaría, además, la dificultad para integrar todos los valores del diminutivo, puesto que la posibilidad de creación significativa mediante este procedimiento se amplía, si bien las opciones para su interpretación no.

5. CONCLUSIONES

El análisis de los diminutivos técnicos nos ha llevado a las siguientes conclusiones:

- El diminutivo en uso técnico es un procedimiento recurrente en los tratadistas antiguos para la creación de la terminología necesaria para la categorización de determinadas parcelas de la realidad.
- Esta categorización se basa mayoritariamente en un procedimiento metafórico y metonímico, es decir, en una comparación con la realidad.
- Los derivados implican, por lo general, cambio de significado, lo que señala la productividad del recurso.
- Se trata de un procedimiento morfológico del que dispone el latín desde antiguo y que no debe ponerse en relación exclusivamente con fenómenos considerados propios de la lengua familiar. Con todo, aun como recurso del lenguaje técnico, puede recibir aplicaciones en la lengua familiar.

- A partir del s. II d.C el diminutivo terminológico puede emplearse sin cambio de significado, como recurso para crear apariencia de lenguaje técnico.

Como consecuencia de lo expuesto, este recurso merece aparecer en los estudios de léxico técnico, como De Meo (1983), entre los procedimientos morfológicos, al mismo nivel que el uso del color, como procedimiento de tipificación de la realidad.

BIBLIOGRAFÍA

- J. ANDRÉ, «Contribution au vocabulaire de la viticulture: les noms de cépages», *REL* 30 (1952), pp.126-156.
 —, *Lexique des termes de botanique en latin*, Paris 1956.
 —, *Le vocabulaire latin de l'anatomie*, Paris 1991.
- C. ARIAS, *Estructura semántica de los adjetivos de color en los tratadistas latinos de agricultura y parte de la enciclopedia de Plinio*, Sevilla 1994.
- S. BOSCHERINI, «La metafora nei testi medici latini», G. Sabbah (ed.); Saint-Étienne 1991, pp. 187-194.
 —, «La medicina in Catone e Varrone», *ANRW* II, 37, 1 (1993), pp. 729-755.
- L. CONTI: «Die Bezeichnung instrumentalischer Bezüge bei Homer», *IF* 108 (2003), pp. 195-222.
- T. F. COOPER, *Word Formation in the Roman Sermo Plebeius*, New York 1895 (Reimp. 1975).
- J. COUSIN, «Les langues spéciales», *Mémorial des études latines publié à l'occasion du vingtième anniversaire de la Société et de la Revue des Études latines offert par la Société à son fondateur J. Marouzeau*, Paris 1943, pp. 37-54.
- P. CUZZOLIN: «Remarks on the graded forms with *sub-* in Latin», G. Calboli (ed.); *Proceeding of the Twelfth International Colloquium on Latin Linguistics, Papers on Grammar IX* 1, Roma 2005, pp. 37-44.
- C. DELHAY, ««Diminutifs» et niveaux de catégorisation», *Faits de langues* 4. *La catégorisation dans les langues* (1999), pp. 79-87.
- M. C. DÍAZ DÍAZ, «Los adjetivos compuestos con *sub*», *Emerita* 32.1 (1964), pp. 57-101.
- A. ERNOUT, *Aspects du vocabulaire latin*, Paris 1954.
 —, «Le vocabulaire botanique latin», *Philologica III*, Paris 1965, pp. 125-150.
- P. FLOBERT, «Les verbes diminutifs en latin», B. García-Hernández (ed.); *Estudios de Lingüística Latina*, II, Madrid 1998, pp. 869-876.
 —, «La composition nominale en latin», *Etrennes de Septantaine... M. Lejeune*, Paris 1978, pp. 85-94.
- M. FRUYT, «Étude sémantique des diminutifs latins: les suffixes *-ulus*, *-culus*, *-ellus*, *-illus*... dé-substantivaux et dé-adjectivaux», M. Lavency - D. Longrée (eds.); *Actes de V Colloque de Linguistique latine*, Louvain la Neuve 1989, pp. 127-138.
 —, «La (dés)-intensification dans les adjectifs latins: les morphèmes de degré», G. Calboli (ed.); *Proceeding of the Twelfth International Colloquium on Latin Linguistics, Papers on Grammar IX* 1, Roma 2005, pp. 231-243.

- F. GAIDE, «Formes élargies du latin vulgaire. Un cas très particulier de la dérivation», *Latomus* 47 (1988), pp. 584-592.
- , «Les substantifs 'diminutifs' latins en *-lus*, *-la* ou *-lum*», *RPh* 66.1 (1992), pp. 15-28.
- B. GARCÍA-HERNÁNDEZ, «Los resultados del prefijo latino *sub-* en español», B. García-Hernández (ed.); *Latín vulgar y tardío. Homenaje a Veikko Väänänen (1905-1997)*, Madrid 2000, pp. 63-96.
- F. GONZÁLEZ-LUIS, «Los diminutivos latinos y su género gramatical», *Fortunatae* 3 (1992), pp. 251-264.
- J. GRANAROLO, «Polysémie de certains diminutifs dans les poésies de Catulle», Ch. Kircher-Durand (ed.); *Nomina Rerum. Hommage à J. Manessy-Guitton*, Nice 1994, pp. 229-239.
- R. HAKAMIES, *Étude sur l'origine et l'évolution du diminutif latin*, Helsinki 1951.
- J. S. TH. HANSEN, *Latin Diminutives. A Semantic Study*, Bergen 1951.
- F. HERNÁNDEZ-GONZÁLEZ, «*Rivus, forma, canalis, tubus, tubulus y fistula* en el vocabulario de la hidráulica en latín», *Tabona* 5 (1984), pp. 377-396.
- J. HIDALGO, *Tratado de enología*, Madrid 2002.
- CH. KIRCHER-DURAND, «La dérivation suffixale dans les désignations des vignes à partir du livre XIV de l'Histoire Naturelle de Pline», *L.A.M.A.* 12 (1993), pp. 207-222.
- , *Création lexicale: la formation des noms par dérivation suffixale*, Louvain 2002.
- G. LAKOFF - M. JOHNSON, *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid 1991 (1980).
- D. LANGSLOW, «The formation of Latin technical vocabulary with special reference to medicine», R. Coleman (ed.); *New Studies in Latin Linguistics*, Amsterdam/Philadelphia 1991, pp. 187-200.
- F. A. LÁZARO MORA, «La derivación apreciativa», I. Bosque-V. Demonte (eds.); *Gramática descriptiva de la lengua española*, Madrid 1999, Vol III, pp. 4645-4682.
- E. LÖFSTEDT, *Philologischer Kommentar zur Peregrinatio Aetherae*, Uppsala 1911.
- J. LOICQ, «*Calculus* et la formation des diminutifs en latin», *L'Antiquité Classique* 29 (1960), pp. 30-50.
- R. LÓPEZ GREGORIS, «*Poenulus* de Plauto: significado de un título», C. Moussy (ed.); *De Lingua Latina. Novae Quaestiones. Actes du X Colloque International de Linguistique Latine*, Louvain 2001, pp. 829-846.
- , «El diminutivo en el lenguaje mágico y sus implicaciones en el uso prescriptivo de la lengua», *XIII Colloque International de Linguistique Latine*, Bruxelles 2005 (en prensa).
- J. MAROUZEAU, «Le latin langue de paysans», *Mélanges linguistiques offerts à J. Vendryes*, Paris 1925, pp. 252-264.
- , «Chronique IV -Suggestions de travaux», *REL* 9 (1931), pp. 30-34.
- M.^a A. MARTÍN ZORRAQUINO, «Formación de palabras y lenguaje técnico», *RSEL* 72.2 (1997), pp. 319-339.
- I. MAZZINI, «Il lessico medico latino antico: caratteri e strumenti della sua differenziazione», G. Sabbah (ed.); Saint-Étienne 1991, pp. 175-185.
- C. DE MEO, *Lingue tecnica del latino*, Bologna 1983.
- A. ÖNNERFORS, «Marcellus, *De medicamentis*. Latin de science, de superstition, d'humanité», G. Sabbah (ed.); Saint-Étienne 1991, pp. 397-405.
- D. PHARIES, *Diccionario etimológico de los sufijos españoles*, Madrid 2002.
- A. RONCONI, «Per la storia del diminutivo latino», *Stud. Urb.*, 14 (1940), pp. 1-45.

- G. SABBAH (ed.): *Le latin médical. La constitution d'un langage scientifique, Actes de III Colloque International «Textes médicaux latins antiques»*, Saint-Étienne 1991.
- G. SERBAT, *Les dérivés nominaux latins à suffixe médiatif*, Paris 1975.
- G. K. STRODACH, *Latin diminutives in -ello/a and -illo/a*, Pennsylvania 1933.
- R. TRUJILLO, «El lenguaje de la técnica», *Doce ensayos sobre el lenguaje*, Madrid 1974, pp. 197-211.
- B. ZUCHELLI, *Studi sulle formazione latini in -lo non diminutive e i loro rapporti con i diminutivi*, Parma 1970